

## RESEÑAS

Armando Lampe, *Mission or Submission. Moravian and Catholic Missionaries in the Dutch Caribbean during the 19<sup>th</sup> Century*, Vandenhoeck-Ruprecht, Göttingen, 2001, 244 pp.

**M**isión o sumisión, es el título tan provocativo como ambiguo que Armando Lampe asigna a su análisis acerca del trabajo realizado por los misioneros católicos y moravos en el Caribe holandés durante el siglo XIX.

Desde la realización de su tesis de doctorado en la Universidad de Amsterdam en 1988 —en la que abordó la relación entre Iglesia y Estado en la sociedad esclavista de Curazao en los años 1816-1863— Armando Lampe se dedicó al estudio del complejo entramado de las relaciones sociales, religiosas y de poder que existían entre las iglesias cristianas y el Estado europeo, así como de sus interacciones en una sociedad colonial esclavista.

Gracias a la renombrada beca de posgrado de la Fundación Alejandro von Humboldt, Lampe trabajó en 1996, 1997 y 1999 con el doctor Johannes Meier, profesor de la Universidad de Bochum y de la Universidad de Maguncia, ambas en Alemania; realizó trabajos de archivo en Alemania y los Países Bajos y sus resultados de investigación quedaron plasmados en el presente libro, publicado en Alemania.

En su estudio, Lampe parte del hecho —que a primera vista parece sorprendente, por no decir anacrónico—, de que la emancipación de los esclavos en las colonias holandesas se realizara 30 años después de la ley británica correspondiente.

Como hipótesis de su análisis, el autor toma la antítesis de Stiv Jakobsson, quien mostró que en el Caribe inglés los misioneros británicos aceleraron el proceso de liberación de los esclavos. Según Lampe, en

el caso de las colonias holandesas Surinam y Curazao los misioneros perseguían exactamente el fin opuesto, y lo hacían con éxito.

Para empezar, Lampe juzga severamente la misión cristiana en la región del Caribe. Advierte una estrecha unión entre la misión y el colonialismo que daba lugar a una unidad en la cual hasta la esclavitud formaba parte de la doctrina de la gracia de Dios, misma que tenía como objetivo enseñar a los africanos la religión cristiana mostrándoles que su condición era “grata a los ojos de Dios”.

Dado que la religión cristiana ofrecía tanto el foro ideológico como la justificación para la expansión europea hacia ultramar, el gobierno colonial la aprovechó como instrumento para la disciplina colonial y social. Aquí Lampe hace suya una palabra clave dentro de la discusión científica actual en el ámbito de la lengua alemana: “sozialdisziplinierung” (disciplinización social) la cual comprende todo el complejo problema al que se enfrentaban los gobiernos de la metrópoli, como la administración colonial sobre el terreno. La pacificación duradera de la población autóctona y la traída de África no era posible solamente con medios militares. Parecía más seguro a largo plazo el “integrar” a la población indígena y africana a la sociedad dominada social y políticamente por los europeos, dándoles “su” lugar, lo que implicaba la aceptación de su condición de dominados. Dicho modelo social de esclavo-dueño puede tener éxito sólo a través de una reeducación de los no europeos, y en este contexto llegó la hora de los misioneros, cuya tarea era exactamente la transmisión de dichos valores y normas.

Parece importante subrayar que Lampe analiza especialmente *el cristianismo y la historia de la esclavitud en el Caribe*, porque el papel que la obra misionera tenía que cumplir desde el punto de vista de la potencia colonial era totalmente opuesto al que jugaban los misioneros y la religión cristiana en el campo de la defensa de los pueblos indígenas y sus culturas, es decir desde la perspectiva de los colonizados. Lampe demuestra que la misma religión sirve, como tal, tanto para los dominadores como para los dominados.

En el año 1499 los españoles descubrieron Curazao, y 135 años después los holandeses conquistaron la isla, que pronto llegó a ser el emporio más importante para el comercio de esclavos de las Indias Occidentales. En los siglos xvii y xviii los holandeses transportaron por vía marítima centenares de miles de esclavos desde África hasta América. Para los holandeses, la fortuna de la isla se formaba principalmente con la fuerza de trabajo humana traída contra su voluntad desde África, para ser vendida. No existía una economía de plantación, tan típica en la mayoría

de las islas del Caribe; las plantaciones que había y las “casas de campo” de los blancos servían más para el prestigio social y menos como fuente de riqueza. Algo parecido ocurría con la propiedad de esclavos. Los esclavos de casa subrayaban sobre todo la imagen social de sus dueños, quienes trataban de realizar un estilo de vida semifeudal. Cuando se daba educación religiosa a los esclavos, ésta era en la fe católica, no obstante que sus dueños pertenecieran a la Iglesia Reformada Holandesa.

En contraste, Surinam, colonia holandesa entre 1667 y 1975, representaba una típica economía de plantación, y los esclavos, cuya relación numérica en comparación con los blancos era de diez a uno, trabajaban sobre todo en el cultivo de la caña de azúcar, el café y más tarde el algodón. Las numerosas y grandes comunidades de cimarrones eran características en Surinam —casi 10% de los esclavos lograron huir—; el poder real que éstas alcanzaron era tan fuerte que en el año 1760 la administración colonial tuvo que aceptar la independencia de las regiones cimarronas.

En Surinam no se daba mucha importancia a la instrucción religiosa de los esclavos. Fue la Iglesia Morava, la Herrnhuter Bruderunität, la que empezó a principios del siglo XIX con la obra misionera dentro de la población negra. Esto condujo a que años más tarde se identificara a la Iglesia Morava como la iglesia de los negros, mientras que los blancos seguían siendo, al igual que en Curazao, miembros de la Iglesia Reformada de Holanda.

El autor dirige su atención al papel del cristianismo dentro de la historia social. No pretende escribir de nuevo una historia de misiones. Para sus propósitos, el método comparativo tiene una importancia especial. Dado que la misión cristiana nunca ha sido un fenómeno local, resulta ilustrativo comparar la obra misionera católica en Curazao con la de la Iglesia Morava en Surinam. Su tesis central es la de que gracias a la “disciplinización social” de los esclavos y exesclavos, los holandeses lograron retrasar su emancipación hasta 1863, ¡más de tres décadas después de que los esclavos fueran liberados en el imperio británico!

Como diferencia fundamental entre el método inglés y el holandés se puede diagnosticar que mientras los holandeses veían la “educación para la civilización” como un primer paso antes de la liberación, los ingleses pensaban que era más importante la liberación a la cual seguiría la “educación por los valores occidentales”. Según Lampe, eso era válido tanto para el Curazao católico como para el Surinam reformado-protestante, no obstante que había condiciones locales y específicas en Holanda que jugaban un papel adicional. Lampe se interesa por saber si había una re-

lación causal entre la ausencia de rebeliones de esclavos y la educación realizada por los misioneros o, como dice, “¿eran responsables las iglesias cristianas de que la emancipación de los esclavos se retrasara tanto en las colonias holandesas?” (p. 20).

Para responder a esta pregunta Lampe usa el modelo de “disciplinización social” desarrollado por Gerhard Österreich a finales de los años sesenta, y que ha sido comprobado últimamente en el debate científico europeo por su aplicación en el campo de la expansión europea y el poder colonial en ultramar. El análisis presentado por Lampe significa también, en este sentido, un aporte importante al actual estado de la cuestión.

En la primera parte de su trabajo Lampe se refiere a la Iglesia Morava y a la esclavitud en Surinam. Analiza la discusión que había dentro de esa Iglesia acerca de la esclavitud y presenta dos estudios de caso que tuvieron un fuerte impacto en la sociedad de Surinam: el “caso Pfeiffer”, que trata del misionero alemán Heinrich Gottlieb Pfeiffer, quien fue acusado de haber incitado a los esclavos de Jamaica a la rebelión en 1831, pues, aunque la rebelión era en aquella isla, la sociedad blanca de Surinam se mostró muy alarmada con ella; y la “causa Tank”, del año 1848, que se refiere al informe y a las conferencias que daba en Europa Otto Tank, director de la Misión Morava de Surinam, en donde criticaba con duras palabras el maltrato de los esclavos.

El capítulo final de la primera parte de la investigación está dedicado a la cuestión de si la Misión Morava se había sentido mayormente inclinada hacia una obra de pacificación de los esclavos o si se veía más comprometida con la resistencia contra la esclavitud.

La segunda parte del libro aborda el tema de la Iglesia Católica y la esclavitud en la isla de Curazao. También empieza con las diferentes interpretaciones que surgían al haber una Iglesia de las elites *versus* una Iglesia del pueblo y los conflictos que resultaban de dichas interpretaciones. Los capítulos siguientes tratan de dos conflictos característicos del siglo XIX: el referente al matrimonio entre esclavos y la rebelión de 1824. Sin embargo, en Curazao había una situación diferente a la de Surinam, dado que la Iglesia Católica tenía una posición totalmente nueva respecto al gobierno colonial, gracias al número creciente de creyentes y a un mejoramiento del clima político entre el gobierno de Holanda y el Vaticano. Esas condiciones reforzaban, en la isla del Caribe, el conflicto por la influencia política entre la Iglesia Católica y el gobierno colonial.

¿Cuáles son los resultados que Armando Lampe encuentra para dar una respuesta a la cuestión de si las iglesias cristianas habían jugado un papel de *misión* o de *sumisión*?

Una de las instituciones más importantes que podían intervenir en las relaciones sociales entre dueño y esclavo era la Iglesia. Dentro del imperio holandés del Caribe no había diferencia entre la situación de las iglesias Católica y Morava: las dos eran libres y no establecidas por el Estado, no obstante, ambas se sentían obligadas a la salvaguarda del orden existente. Dado que las posesiones en el Extremo Oriente tenían mucho mayor importancia para él, parecía que el gobierno holandés casi había olvidado que la emancipación de los negros en el Caribe podría ser un tema de interés.

Mientras que la Iglesia Morava en las colonias inglesas y holandesas veía la educación cristiana como de primera importancia, no consideraba necesario cambiar la situación social de los esclavos. Los católicos por su parte, cuyos misioneros seguían por lo general las mismas metas que sus hermanos reformados, se preocupaban más por su situación en Holanda (en donde se instaló su jerarquía en 1853), que por la liberación de los esclavos en el Caribe.

Hay un parecido significativo entre la situación de Curazao y la de Surinam. En ambas sociedades las elites usaban la misión cristiana como instrumento para la *disciplinización social* de los esclavos, poniendo énfasis en su educación por parte de los misioneros católicos o moravos. Antes que nada la evangelización fue entendida como instrumento para transmitir valores de moral. Los negros podían obtener ciertas ventajas de las escuelas de la misión porque en ellas se les ofrecía por primera vez la posibilidad de entrar en contacto con el sistema educativo europeo y de adquirir conocimientos. No obstante, el objetivo final de la administración colonial holandesa era demorar la emancipación de los esclavos y prolongar el *statu quo*. Allí coincidían los intereses del gobierno colonial con la evaluación que hacían las iglesias Católica y Morava las cuales, a diferencia de las sociedades misioneras británicas, pensaban que los esclavos no estaban suficientemente “maduros” para su libertad y tenían que darles una educación cristiana previa a su emancipación.

Armado Lampe ha presentado un libro de gran interés, una valiosa contribución para el entendimiento de las estrechas relaciones entre los fines de la obra misionera cristiana, la emancipación de los esclavos y los intentos de pacificación y *disciplinización social* por parte de los poderes coloniales en la región del Caribe.

ANDREAS KOECHERT  
*Universidad de Hamburgo*

Silvio Torres-Saillant, *Caribbean Poetics. Toward an Aesthetic of West Indian Literature*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997, 353 p.

Este estudio sobre la poética del Caribe se inserta en la discusión poscolonial que intenta dar voz a culturas hasta ahora silenciadas por los discursos hegemónicos de las metrópolis y a sus manifestaciones. Aunque en ningún momento el autor denomina “poscolonial” a su intento de mostrar la autonomía y diferencia entre la creación literaria caribeña y las literaturas de otras partes del mundo, sobre todo de Europa, sí participa en una nueva conciencia de ver el mundo desde “la periferia”, sustituyendo la mirada de Próspero por la de Calibán, para hablar con la misma terminología poscolonial. Es un estudio valioso tanto para quienes quieren iniciarse en el terreno de la literatura caribeña como para los expertos interesados en autores específicos de la región.

Torres-Saillant se propone articular una teoría acerca de la poética caribeña al examinar motivos conceptuales recurrentes y métodos formales típicos de la región y del siglo xx. Parte de la idea de que la forma de escribir en el Caribe es diferente de las tradiciones occidentales y latinoamericanas; busca la afirmación de una “autonomía ontológica” de la escritura antillana, basándose en las obras de tres autores caribeños con una vasta creación: Kamau Brathwaite (Barbados), Réne Depestre (Haití) y Pedro Mir (República Dominicana). Estos tres autores le sirven como base para examinar de cerca los temas de la religión, el lenguaje y la historia, “tres elementos que están en el centro de cualquier definición de la cultura caribeña” (p. xi). El autor concluye la introducción con un llamado a los críticos literarios para “abarcar un entendimiento incluyente de la cultura humana que trascienda las evaluaciones etnocéntricas de los logros literarios” (p. xi).

Aborda su estudio desde una concepción comparativa para constatar la unidad de la literatura caribeña independientemente de sus diferentes bloques lingüísticos. Considera que las literaturas caribeñas escritas tanto en inglés como en francés y en español forman un *corpus* regionalmente unificado, no tanto por el elemento de la raza sino por su historia y cultura. Con este trabajo, el autor logra apoyar la tesis de un Caribe unido (una discusión que reina sobre la concepción del “Caribe” y que trata en el primer capítulo); presenta estudios acerca de la unidad del Caribe desde la óptica socioeconómica y cultural, con abundantes ejemplos que van desde la perspectiva de la fragmentación del Caribe hasta la búsqueda de una visión nativista de “totalidad” (*wholeness*). Afirma que la unidad

de la literatura caribeña se basa en la unidad sociohistórica y cultural de la región, y la compara con el caso europeo. Resulta interesante ver el ángulo desde el cual el autor enfoca este capítulo: recomienda al estudioso del Caribe partir en su análisis de la autoestima de estudiosos occidentales como Curtius, Auerbach, Lovejoy y Bloom, que no tenían problema en afirmar la unidad y características comunes de la literatura europea y que englobaron grandes unidades en tiempo y espacio para articular la entidad ontológica de su campo de estudio. Al aconsejar a los críticos caribeños dice lo siguiente: “Ellos deberían rechazar la carga intelectual de tener que probar la unicidad de la literatura caribeña. En cambio, sólo deberían afirmarla. Una vez hecho esto, podrían seguir investigando los principios que mantienen unido al cuerpo” (p. 15). Torres-Saillant toma en serio esta “autoafirmación” y llamado a la autoconfianza en cuanto a la elaboración de definiciones y conceptos articulados desde el propio Caribe y la mejor prueba es su libro.

El material recopilado demuestra consistentemente la homogeneidad de los diferentes bloques lingüísticos, así como su inserción en la cultura del Caribe y lo distinto de las literaturas isleñas respecto de las literaturas de los centros dominantes como Inglaterra, Francia, España o Latinoamérica. (El autor deja en claro que no tendrá en consideración la actividad literaria en las Antillas holandesas ni en Surinam por falta de conocimiento de los idiomas correspondientes.) El primer capítulo termina con un panorama de las discusiones acerca de cada bloque lingüístico y de sus temas recurrentes. Sobre la unidad de los textos literarios del Caribe hace énfasis en el desarrollo divergente de la articulación de identidad en la literatura hispana de Puerto Rico, la República Dominicana y Cuba, y en la dificultad de aceptarla dentro del canon latinoamericano, por lo cual juega un papel marginal en el discurso articulado por el poder en tierra firme.

En el segundo capítulo, Torres-Saillant elabora el marco teórico para la formulación de una poética caribeña. Ofrece una vasta gama de literatura escrita sobre la región que, a pesar de la diversidad lingüística, afirma la coherente unidad desde el terreno de las ciencias sociales, las ciencias literarias y el análisis del arte. Presenta a José Luis González (Puerto Rico), Eric Williams (Trinidad), a la monografía de Coulthard, *Raza y color en la literatura antillana* (el primer estudio pancaribeño) y a otros que abarcan temas de la raza (sobre todo la negra), la común experiencia de colonización y sus secuelas de agresión, violencia y resistencia y ve a su ideología como un despertar de conciencia entre el principio

del siglo y la Segunda Guerra Mundial. Esta *Weltanschauung* caribeña (p. 66) va de la mano con una poética regional cuyos textos “giran principalmente alrededor de ediciones pertenecientes a la realidad inmediata de la experiencia caribeña” (p. 66). Forma, contenido, tema y estilo se mezclan alrededor del enfoque del autor acerca de la herencia sociocultural: “Cualquiera que sea su raza, idioma, nacionalidad o identificación de clase, los escritores caribeños generalmente se encuentran atrapados [...] dentro de los confines de su cultura” (p. 67). El autor resume las voces de los más importantes representantes de la cultura caribeña, como George Lamming, V.S. Naipaul, Edouard Glissant y Edward Brathwaite acerca del legado caribeño y afirma la gradual proclamación de su emancipación ontológica en relación con la metrópoli.

En un subcapítulo Torres-Saillant analiza la visión de las mujeres en la formulación y construcción de la identidad caribeña. Este aspecto es el punto más débil del estudio: la poética para nuestro autor es masculina, sólo analiza la presencia femenina en relación con la masculina (capítulos 4 y 5). El autor sintetiza aquí la literatura sobre el Caribe desde una perspectiva de género y observa la exclusión de la mujer en la dialéctica Próspero-Calibán, este eje del discurso sobre identidad, pasado y presente caribeño. Al tratar este aspecto de esa manera se hace evidente la doble exclusión de la mujer del discurso dominante (tanto en este libro como en la crítica literaria en general).

La última parte del segundo capítulo analiza los tres aspectos conceptuales más importantes de la literatura caribeña: el lenguaje, la religión y la historia, y su respectivo tratamiento en diferentes autores caribeños.

En los siguientes capítulos, el autor busca las pruebas empíricas de su afirmación de la singularidad del *modo escribendi* de la poética caribeña. Empieza con Brathwaite, poeta, dramaturgo, crítico literario e historiador de Barbados, mayor representante de la búsqueda de una expresión auténtica de las Antillas a través de la experimentación con el lenguaje y el análisis de su creación desde sus primeras publicaciones en los años cincuenta, hasta los *Barbarian Poems* de 1994. Torres-Saillant consigue informarnos de manera concisa acerca de la búsqueda de un lenguaje descolonizado por parte de Brathwaite, un lenguaje que expresaría de un modo auténtico la ideología caribeña y que revela posibilidades lingüísticas en la experimentación con sonidos locales, regionalismos, formas del creol o dialectos y tonalidades rítmicas que expresan la herencia africana. Muestra el enlace entre la identidad y el lenguaje formulado en la trilogía poética *The Arrivants* (1973), compuesto por *Rights of Passages*,



*Masks* (1968) e *Islands* (1969), donde describe el *éxodo* del emigrante desde el Nuevo Mundo hacia Europa y la búsqueda de sus raíces en África. Torres-Saillant presenta a Brathwaite a través del conjunto de su obra como el “*alter native*”, el “Calibán emancipado”, que formula una cosmología nativa, una historia de filosofía y una estética regional. Finaliza este capítulo diciendo: “Brathwaite ha sentado las bases conceptuales para evaluar el discurso caribeño fuera del marco de los modos de pensamiento dominantes de la cultura occidental” (p. 154).

El poeta, novelista y ensayista haitiano René Depestre está en el centro del cuarto capítulo, con su trayectoria desde el primer poemario *Etincelles* (1945) hasta *Eros dans un train chinois* (1990), su más reciente colección de cuentos. Torres-Saillant nos lo presenta como el autor vivo más celebre de Haití, conocido tanto en Francia como en el mismo Caribe. El tema central es la religión, hasta que en los ochenta deja su concepto político para dar voz a aspectos sexuales; su objetivización de la mujer es analizada críticamente por Torres-Saillant, quien contrapone su tratamiento de la mujer con el de obras selectas escritas por mujeres como Marie Chauvet y Maryse Condé. En general, este capítulo destaca las aportaciones de Depestre en la construcción de una identidad pancaribeña a través del elemento de lo sagrado en su literatura, como manifestación inseparable de la cultura caribeña. En su obra se ha dedicado durante 40 años a la elaboración de la relación entre la religión y “el aislamiento cultural en la región” y así ha contribuido a la “descolonización del alma” (p. 212).

El capítulo cinco está destinado al poeta, novelista e historiador dominicano Pedro Mir. Su obra —desde los escritos de los años cuarenta, hasta *Poesías (casi) completas* (1994)— es analizada por Torres-Saillant con especial interés en el tema de la historia —preocupación constante en Mir— como instrumento para entender mejor el presente. La contraposición femenina acerca del tema que ofrece Torres-Saillant subraya el concepto tradicional del autor acerca de las mujeres. Destaca la novela histórica *Cuando amaban las tierras comuneras* (1978) con la cual logró fama internacional. Aquí, Torres-Saillant se detiene para criticar lecturas eurocentristas por parte de algunos estudiosos. El análisis que hace de las obras de los tres autores es detallado y resulta una excelente base para formular la poética que se realizará en el siguiente apartado.

El capítulo seis ofrece el resumen del trabajo, esto es, los puntos de contacto entre los escritores estudiados, que son: el alto grado de hibridación de forma, el empleo del lenguaje entre oratoria rebuscada y estilo coloquial y la habilidad para abarcar una variedad de géneros

literarios (novela, poesía, cuento) y otras formas literarias como el ensayo crítico, la monografía y el tratado histórico, que muchas veces tratan los mismos temas como unidad entre compromiso artístico y social; todo ello con especial énfasis en la preocupación por la identidad cultural.

En la última parte del libro el autor coloca a la literatura caribeña dentro del contexto de la literatura mundial y afirma que la cultura del Caribe desde su marginalidad —y desde su relación de amor/odio con la cultura europea— articula, a través de un contradiscurso, una constante duda acerca del discurso hegemónico occidental. Este contradiscurso forma parte de la “poética de lo marginal” y es, para Torres-Saillant, uno de los fundamentos para determinar una poética caribeña.

*Caribbean Poetics* es un estudio bien estructurado que constituye un valioso intento por conformar una poética “pan” caribeña, cuya lectura se hace interesante y fácil. Aborda una gran cantidad de material bibliográfico acerca del Caribe y coloca el tema en un contexto internacional más amplio. Ofrece un panorama muy completo de la discusión sobre la identidad cultural y la creación artística en el Caribe y analiza a profundidad la obra de tres autores, siempre buscando constantes entre ellos. Otro punto que vale la pena destacar es el interés del autor en formular métodos de análisis literario articulados desde la periferia misma y rechazar teorías ajenas a la región. Al mismo tiempo, es un crítico de la centralidad de Occidente, que asigna a la literatura del Caribe el término de *etnoliteratura*. Con estas bases teóricas disfrutamos de una lectura que da poder (“empower”) a la periferia y deconstruye el centro.

ERIKA MÜLLER

*Universidad de Quintana Roo*

Janet Reinstädler y Ottmar Ette (eds.), *Todas las islas la isla. Nuevas y novísimas tendencias en la literatura y cultura de Cuba*, Madrid, Vervuert-Iberoamericana, 2000.

Los estudios sobre cultura y literatura cubana han prosperado notablemente en los últimos tiempos. La curiosidad y el interés despertado por los creadores de la mayor de las Antillas se debe en no poca medida a circunstancias extraartísticas, pues la polémica en torno a su situación socioeconómica y política incide, a menudo más de lo deseable, en el ánimo de críticos y estudiosos quienes, olvidando la relativa independencia que tienen las manifestaciones de la cultura espiritual,

derivan sus análisis e interpretaciones de una personal toma de partido respecto al conflicto que desde hace tres décadas preside la vida nacional, dictando las conductas y el tono de las emociones dentro y fuera de la isla, e incluso llegan a basar en ella la estimativa acerca del trabajo de los escritores y artistas cubanos.

En cualquier caso, la cultura artística nunca podrá discurrir al margen de los procesos ideológicos pues el arte en sí mismo responde, como forma especial de la conciencia, a modos de pensamiento históricos de los cuales la ideología es parte inseparable. Pero de lo que se trata es de discernir en qué medida las visiones críticas comprometen su objetividad al establecer una axiología donde no queden claramente establecidos los límites entre los valores artísticos *per se* y aquello que agrega interés por entrar en el terreno de lo testimonial, e incluso de lo político. Por esta confusión de valores a menudo suelen privilegiarse figuras, o puede suceder que se preste mayor atención a determinados aspectos dentro del cúmulo de posibles campos de análisis.

*Todas las islas la isla.*, compilación de Janet Reinstädler y Ottmar Ette, presenta bajo el subtítulo de *Nuevas y novísimas tendencias en la literatura y cultura de Cuba* el resultado del trabajo en una sección de las Jornadas de Hispanistas Alemanes, que se llevaron a cabo entre el 25 y el 28 de marzo de 1999 en la berlinesa Universidad de Humboldt, y se propone ofrecer un panorama lo más completo posible sobre las más recientes tendencias dentro de la vida artística cubana al reunir estudios en torno a temas de literatura, teatro, cine y artes plásticas. La tónica general del volumen es la amplitud de criterios; no ajenos, por cierto, a la polémica, y en ese sentido permite al lector obtener una visión abarcadora de las variadas perspectivas desde las cuales se enfoca el tema cubano a las puertas del nuevo milenio.

Los tres apartados en que se divide el libro: “Entre tradición y ruptura”, “Exposición” y “Entre espacios cerrados y espacios abiertos” organizan el contenido de acuerdo con determinado espectro temático. El primero incluye trabajos cuyo objeto es, en esencia, la dinámica entre la continuidad y la renovación dentro de la literatura cubana, tomando como punto de referencia los valores establecidos a partir del triunfo de la Revolución, para observar cómo se transforman y a veces se subvierten en medio de una contingencia histórica diametralmente opuesta a la que les diera origen. Para mejor establecer los propósitos de la compilación conviene señalar que: 1) el interés de los autores está centrado en fenómenos de carácter contemporáneo, 2) la rica tradición prerrevolucionaria apenas

si se menciona como antecedente en uno o dos ensayos, 3) para la mayoría de estos ensayistas, lo canónico se refiere a los paradigmas creados en su momento, tanto por las propias necesidades expresivas del arte en un momento histórico específico —los primeros años después del triunfo de la Revolución Cubana—, como por los lineamientos de una política cultural basada en la aceptación de todo cuanto no cuestionara ni pusiera en peligro la imagen del proceso social cubano.

Integran la primera de estas secciones siete ensayos de los cuales cuatro tocan, con más o menos profundidad, la situación actual de la narrativa cubana, centrando su atención en distintos aspectos del tema. El mayor interés, salvo en el trabajo “El Otro habla: la escritura femenina en el cuento cubano”, de Diony Durán, que aprovecha las herramientas de los estudios de género para ofrecer una visión del cuento escrito por mujeres, parece residir en el hecho de que los narradores cubanos militan, por decirlo de alguna manera, en tres sectores definidos y etiquetados por la crítica como los (escritores) de “la isla”, “la diáspora” y “el exilio”. También es objeto de análisis la manera en la cual los autores han ido cambiando su percepción de la realidad social y cómo enfrentan los profundos cambios operados en la vida nacional, mismos que afectan de manera significativa sus propias vidas; lo cual a su vez se proyecta en la escritura, de un modo por lo demás bastante previsible, creando dimensiones de polémica y, en algunos casos muy publicitados, de enfrentamiento o abierta oposición al sistema político cubano.

Leyendo estos trabajos podemos hacernos la idea de que, en efecto, la narrativa cubana está atravesando por una etapa crítica, en la cual se recompone no sólo el arsenal temático sino también el universo de los valores en un contexto de crisis espiritual y material. Sin embargo, tal vez porque aún es pronto para definirlo en medio del gran movimiento de búsqueda y ajustes, no queda lo suficientemente claro cuál es, literariamente hablando, la dimensión del cambio, ni cuáles son, al margen del valor testimonial de la adopción de actitudes iconoclastas y de los temas problemáticos, los elementos literarios que permitirían hablar de una efectiva renovación en el plano de los significantes y en el plano lingüístico, y no sólo de ruptura.

Destacan en este grupo de textos, además del trabajo de Durán, “Lo marginal en los novísimos narradores cubanos: estrategia, subversión y moda”, de Iván Rubio Cuevas, que trata justamente de deslindar, o al menos se cuestiona al respecto, cuáles serán los aportes literarios, en el sentido estricto del término, de esta hornada de jóvenes —y ya no tan

jóvenes— escritores a la evolución del género en la isla, y “Mitos en quiebra: La Habana en la cuentística finisecular cubana”, de Janet Reinstädler, un análisis de la ciudad como espacio narrativo basado en la resignificación del imaginario habanero por un grupo de cuentistas finiseculares.

Completan este apartado un texto de Mónica Walter sobre la revisión a que ha sido sometida recientemente, a la luz de ciertos documentos, la *Biografía de un cimarrón*, novela testimonio de Miguel Barnet —y no tanto el libro en sí cuanto el método empleado por su autor para manipular la información obtenida de las fuentes documentales— y dos trabajos en torno al tema de la herencia africana como componente de la espiritualidad isleña: “La poesía afrocubana y el concepto de identidad cultural”, de Hans-Otto Dill, y “Una emblemática afroamericana del Eros: Ricardo Porro, Nancy Morejón, Reinaldo Arenas”, de Ineke Phaf.

“Exposición”, segunda parte de este libro, está dedicada a las artes plásticas, representadas aquí por un único artista: el cienfueguero, ex-estudiante de física nuclear y pintor autodidacta, Raúl de Zárate, quien reside en Alemania desde 1993. Se reproducen aquí los cuadros y el texto escrito por Ottmar Ette para presentar a de Zárate en el acto inaugural de una exposición realizada por el pintor en Berlín en 1998, la cual fue montada de nuevo en el marco de otra muestra de pintura cubana que, con el título “Artistas cubanos en Berlín”, formó parte de las Jornadas de Hispanistas Alemanes de la Universidad de Humboldt y en la que participaron también otros dos pintores: Dairán Fernández y Alberto Figueroa.

Completan este volumen siete textos reunidos en una última sección titulada “Entre espacios abiertos y espacios cerrados”. La variedad de temas y enfoques hacen de este apartado tal vez el más interesante y también el más polémico, pues los trabajos en él incluidos no sólo tratan sobre teatro, cine y literatura sino que además ofrecen un espectro de interpretaciones que de alguna manera toman el pulso a un contrapunto ideológico. A no dudar, el debate sobre la situación política de la isla ha penetrado los ámbitos académicos y deja sentir su impronta en el análisis.

Por lo que se ve, autores como Reinaldo Arenas, Zoe Valdés y Carlos Victoria, por sólo mencionar a tres de los más comentados, se han convertido en el foco de interés de los estudiosos, en detrimento de otros muchos, cuya labor y obra de reconocido valor se olvida porque no ponen con suficiente encono el dedo sobre la llaga o porque no han logrado penetrar en el círculo de los favorecidos por la maquinaria comercial. Al margen de sus posibles conquistas y efectivos aportes a la literatura nacio-

nal, que sólo el tiempo se encargará de poner en su justo sitio, algunos artistas acaparan el interés por lo que en su trabajo atiza el fuego de un debate hartamente complejo para reducirlo al clásico enfrentamiento entre buenos y villanos.

Al respecto, se destaca en este grupo de ensayos el trabajo de Yvette Sánchez "Esta isla se vende": proyecciones desde el exilio de una generación ¿desilusionada? por tratar de ver el fenómeno con objetividad e incluso por detectar cuánto hay ya de retórica en el rosario de situaciones extremas y en la imagen apocalíptica que pueblan la obra reciente de ciertos escritores cubanos. Resulta también de sumo interés "No queremos entonar sólo canciones de gesta" de Heidrun Adler, una indagación, mediante el análisis de algunas de sus obras, sobre cómo transforman los procesos tradicionales de la acción dramática y renuevan la dramaturgia nacional cuatro teatristas cubanos: Joel Cano, Víctor Varela, Alberto Pedro y Reinaldo Montero. A su vez "Carlos Victoria, un escritor cubano atípico", de Liliane Hasson, muestra lo singular que resulta la obra narrativa de este cuentista exiliado en los Estados Unidos, por la originalidad de sus recursos expresivos y por su peculiar visión de la realidad; mientras, Erika Müller encuentra en "Abilio Estévez, Virgilio Piñera y la claustrofobia: el espacio dramático cerrado y la isla" los secretos vínculos entre la insularidad sentida como encierro y la concepción del espacio dramático en dos connotados dramaturgos.

Se incluyen también "El cine cubano en el contexto de la política cultural", de Peter B. Schuman, "Narraciones obscenas: Cabrera Infante, Reinaldo Arenas, Zoé Valdés", un estudio de Antonio Vera-León sobre el empleo del lenguaje soez como estética de subversión y "En attendant Godot. Las citas de Manuel Vázquez Montalbán en La Habana", de Ottmar Ette.

Como ya se anotó, con la lectura de *Todas las islas la isla* el interesado podrá obtener información variada sobre las múltiples facetas del quehacer artístico cubano en una de las etapas más complejas por las que haya atravesado la historia de esa nación. Los diferentes enfoques del problema, con los cuales se puede o no estar de acuerdo, le confieren una cualidad abierta y omnicomprendiva acorde al espíritu de las jornadas académicas que le dieron origen. Tocaré al lector la tarea de sacar sus propias conclusiones.

NORMA QUINTANA  
*Universidad de Quintana Roo*

Laura Muñoz, *Geopolítica, seguridad nacional y política exterior. México y el Caribe en el siglo XIX*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora/Instituto de Investigaciones Históricas-Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2001 (Colección Alborada Latinoamericana núm. 14), 194 pp.

**E**l contexto actual de la política exterior mexicana hacia los Estados Unidos y Cuba nos habla de un cambio de rumbo político y de una redefinición de los postulados en materia exterior. Históricamente, los gobiernos mexicanos habían mostrado una actitud de desconfianza hacia el vecino del norte y optaban por mantener cierta distancia con Washington. Además, procuraban mostrar ante sus contrapartes independencia en sus planteamientos diplomáticos. Sin embargo, en la actualidad el gobierno despliega una política interamericana en la que busca la cercanía con los Estados Unidos: considera que los mandatarios de la Casa Blanca son de confiar y no duda en los beneficios de los tratados de cooperación y de apoyo. Por el contrario, la postura abstencionista del gobierno de México y el agrio intercambio de frases entre los cancilleres de Cuba y México, a raíz de la sanción impuesta a Cuba en Ginebra por la Comisión de Derechos Humanos de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), se interpretan como signos de cambios en su política tradicional hacia América Latina y el Caribe.

El neopanamericanismo y sus consiguientes proyectos de integración (Tratado de Libre Comercio de América del Norte –TLCAN–, Plan Puebla-Panamá, etcétera) nos obliga a conocer y reflexionar sobre el lugar y el papel de México en asuntos continentales a través de su historia. En este marco, el libro de Laura Muñoz aporta elementos esenciales de análisis en las relaciones de México con el Caribe, en particular las desplegadas hacia Cuba y hacia la influencia norteamericana a lo largo del siglo XIX. El texto cobra vigencia al demostrar que en el México decimonónico la política exterior buscaba en el área caribeña un contrapeso a la influencia y el hegemonismo norteamericano, aspecto que fue considerado por las diferentes administraciones de gobierno hasta finales de siglo.

La obra en cuestión, resultado de una exhaustiva consulta de acervos documentales nacionales y caribeños y de una extensa investigación hemerográfica de la época, reconstruye la posición asumida por México ante los acontecimientos que conmovieron el espacio caribeño durante el siglo XIX. Del plano histórico, la autora pasa a la dilucidación del carácter de los intereses mexicanos en el área y rehace la imagen que se tenía de la región. De manera novedosa, se presenta la percepción mexicana



imbuida de tintes geopolíticos. La autora se propone el análisis de las relaciones de México con el Caribe, desde la perspectiva del valor geoestratégico mexicano e identifica las características de la política exterior hacia esta región. Con este objetivo en mente, se da a la tarea de formular una base teórica que le permite utilizar un concepto perteneciente al siglo xx para el análisis de la centuria anterior. De entrada, señala que la geopolítica en el campo de las relaciones internacionales se manifiesta de manera dual: defensiva-ofensiva. Por ello, no solamente es aplicable para naciones desarrolladas que tienen un proyecto expansionista, sino también pertenece a países débiles, atrasados, con un Estado-nación en formación y con una estructura interna endeble, como es el caso de México. Desde ese enfoque, a lo largo de los cinco capítulos que conforman la obra se muestra que no obstante la situación endémica de crisis económica, la presencia de vaivenes políticos, las convulsiones sociales y las intervenciones extranjeras, amén de otros acontecimientos que conmovieron el suelo nacional, el Estado mexicano, conscientemente o no, desarrolló una política a partir de consideraciones geográficas. Para comprobar este planteamiento teórico, la autora vincula la geopolítica con el concepto de interés y seguridad nacional y toma como base de su definición conceptual las tesis de los teóricos de la geopolítica, principalmente europeos y norteamericanos, para concluir que dichos principios geopolíticos han servido como un medio para justificar diferentes empresas imperiales. Éstos se han utilizado para asegurar posiciones comerciales, centros de aprovisionamiento, control de vías marítimas y terrestres, zonas de influencia, estaciones militares, etcétera. Muñoz aclara que tales teorías no se aplican en el caso de México, pero sí constituyen herramientas de referencia obligada de toda discusión geopolítica.

Una vez establecido el marco conceptual, la autora habla en su texto de la presencia de consideraciones geográficas en el diseño y elaboración de objetivos y tácticas de la política exterior. En los capítulos centrales analiza el papel del Estado mexicano y su doble función: una como vigía de las líneas fronterizas nacionales y otra como un ente actuante, que en nombre de la seguridad y el interés nacional se apresta a vigilar y mantener cierta presencia en los espacios territoriales y marítimos circunvecinos. Es decir, los considerandos de orden geográfico, vías de comunicación, recursos naturales, territoriales y poblacionales, entre otros, se manifiestan en la práctica diplomática.

Una virtud del libro es mostrar, en una apretada síntesis, los intereses mexicanos en el área y ofrecer la imagen que se tenía en México de ésta,



en medio de un contexto de cambios en la estrategia y visión geopolítica de las potencias imperiales en la región. A partir de ello, constata la definición del Caribe como una región “entre imperios” y “frontera imperial”, un territorio escenario de las luchas por el espacio y el poder, arena donde se dirimen diversos intereses de las metrópolis. Situación que México reconocía, dado que consideraba las repercusiones que en lo político, económico, militar, etcétera, tendrían en nuestro país los conflictos insulares.

Las vertientes temáticas del texto se encuentran bien hilvanadas e ilustradas gráficamente. La autora entreteje los hilos de la política exterior mexicana hacia la región, las relaciones internacionales, los intereses geopolíticos de las potencias extranjeras, la presencia europea y norteamericana en el área. Al desarrollo analítico de la postura diplomática de México, le agrega el ingrediente social de muestras discursivas de la opinión pública mexicana, que proporcionan al lector el elemento humano, del que generalmente carecen las historias diplomáticas.

En las 194 páginas que conforman la obra, la autora detecta una discreta y desigual, pero constante, presencia mexicana en la región, de acuerdo con la coyuntura nacional e internacional. Muñoz caracteriza la política exterior hacia el Caribe como de vigilante, cercana, a veces pasiva, otras más comprometida o neutral. Cabe mencionar que las relaciones mexicano-cubanas son las que concentran más atención del gobierno mexicano y, por ende, ocupan el mayor número de páginas en el presente libro.

Para concluir, consideramos que esta investigación constituye una valiosa contribución a los estudios sobre la política exterior de México hacia el Caribe y muestra la vigencia e importancia que dicha región tiene para el país.

MARÍA DEL ROSARIO RODRÍGUEZ DÍAZ  
*Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo*

Thomas M. Leonard (ed.), *United States-Latin American relations, 1850-1903: Establishing a relationship*, Tuscaloosa, University of Alabama Press, 1999, 303 pp., ISBN 0-8173-0937-3.

**H**istóricamente, las relaciones entre los Estados Unidos y América Latina han oscilado entre el conflicto y la cooperación. En determinadas etapas históricas la principal característica de ellas ha sido

el enfrentamiento, no obstante que en otras la colaboración pareció ser el rasgo más sobresaliente. A finales del siglo XIX y principios del XX, la relación estuvo marcada por el conflicto debido a invasiones militares por parte de los Estados Unidos y a la intromisión de su gobierno en asuntos internos de los países latinoamericanos. Supuestamente la Doctrina Monroe de 1823 serviría como un canal de cooperación entre los países americanos; sin embargo, no ocurrió así. La guerra entre México y los Estados Unidos en 1846-1848 fue el primer signo de la dura política exterior del gobierno norteamericano hacia América Latina.

El libro *United States-Latin American relations, 1850-1903: Establishing a relationship* nos permite entender el periodo en el que los Estados Unidos buscan establecer una vinculación más profunda con sus vecinos del sur a partir de la segunda mitad del siglo XIX, puesto que el inicio formal de los lazos diplomáticos se dio a principios de ese siglo. Esta obra, editada por Thomas M. Leonard, es la segunda parte de un proyecto de investigación sobre la historia de las relaciones entre los Estados Unidos y América Latina durante el siglo XIX. La primera parte de tal investigación cobró vida en la obra *United States-Latin American relations, 1800-1850: The formative generations*, editada por T. Ray Shurbutt.

Leonard y sus colegas comienzan su trabajo donde Shurbutt dejó el primero, en 1850. En ambos estudios este año es considerado crucial para la manera de relacionarse que adoptaron los países en cuestión. En esas fechas, los Estados Unidos aceptaban con frustración la creencia generalizada de que los países de América Latina no eran tan democráticos como decían, que su desarrollo económico era tan incipiente que no permitía la importación de manufacturas estadounidenses y que su estructura social era bastante rígida. En opinión de Leonard y Shurbutt esta visión pesimista era acentuada por el escaso conocimiento que tenían los estadounidenses, gobierno y sociedad civil, sobre la historia y las costumbres de los países latinoamericanos.

En respuesta a esa actitud y visión, los gobiernos de estos últimos empezaron a desconfiar de los Estados Unidos. Tal desconfianza, de acuerdo con Leonard y Shurbutt, fue alimentada por la negativa de este país a apoyar diplomáticamente los movimientos de independencia gestados entre 1810 y 1826, la adquisición de la Florida en 1819, la guerra con México en 1846-1848 y la incapacidad del gobierno norteamericano de aplicar la Doctrina Monroe.

A partir de estas consideraciones históricas, Leonard y sus colegas dividen en dos grandes periodos las relaciones entre los Estados Unidos y

América Latina. El primero, que corre de 1787 a 1850, incluye los años de la lucha de independencia de las colonias españolas, británicas y portuguesas del continente americano. En esta etapa, la mayoría de los países latinoamericanos ya independientes centró su atención en sus asuntos internos y tenía poco tiempo para los vínculos internacionales, mientras que la principal preocupación de los Estados Unidos hacia América Latina era, como lo establece Leonard en la introducción del libro, asegurar desde el punto de vista militar su frontera del sur ante cualquier amenaza que viniera del continente europeo. En esos años, el gobierno estadounidense se mostró indiferente y prestó poco apoyo material a las luchas de independencia. Además, entre 1840 y 1850 los Estados Unidos actuaron sin consultar a las naciones latinoamericanas al adquirir territorio en México y el Caribe y al proyectar la construcción de un canal interoceánico. “La retórica del discurso de Washington probó estar vacía” (p. 2).

El segundo periodo se circunscribe de 1850 a 1903, en el cual tanto los Estados Unidos como América Latina “buscaron su lugar en el nuevo orden mundial” e incrementaron sus contactos diplomáticos. “Para 1903, la base para una relación había sido *establecida* entre Estados Unidos y América Latina” (p. 1); es decir, en opinión de Leonard y sus colegas, entre 1880 y 1890 se inició “una relación más permanente”. Parece que Leonard sugiere aquí que una *relación permanente* y el *establecimiento de una relación* implicarían un mejor entendimiento basado en la cooperación panamericana.

Sin embargo, la verdad fue que 1903 marca el comienzo de conflictos que se reflejan inmediatamente en la Enmienda Platt y más tarde en las invasiones estadounidenses a Nicaragua, República Dominicana y México, por citar algunos. Otro de los problemas es que parece que Leonard y sus colegas siguen manteniendo una visión estadounidense de los hechos y poco aceptan la realidad del imperialismo de los Estados Unidos de finales del siglo XIX y principios del XX.

Una contribución importante del libro es el enfoque utilizado. Apartándose de las visiones tradicionalistas, progresistas y realistas, Leonard y sus coautores explican los hechos a partir de una combinación de factores internos y externos tanto de los Estados Unidos como de América Latina, incluyendo acontecimientos de Europa. Es decir, sugieren que la mejor explicación de la política exterior estadounidense hacia Latinoamérica en esa etapa es a partir del entendimiento de las coyunturas internas y externas. Enfoque utilizado también por Robert Beisner.

El libro editado por Thomas M. Leonard examina la relación de los Estados Unidos con algunos de los países de América Latina elegidos por su importancia estratégica. El primer capítulo aborda el caso de México; su autor, Don Coerver, describe las vicisitudes que se presentaron luego de la guerra de 1846-1848, principalmente los conflictos comunes para establecer la línea fronteriza después del Tratado de Guadalupe-Hidalgo. El análisis de Coerver cubre la etapa de la Reforma en México, la guerra civil estadounidense, el Porfiriato y termina en los albores de la Revolución Mexicana.

El segundo capítulo, escrito por Louis Pérez, examina la relación con Cuba. Desde su nacimiento como Estado independiente, los Estados Unidos consideraron a Cuba un área de suma importancia estratégica para la defensa de su territorio. Mientras la isla estuviera en manos de una España débil, Washington no temía un ataque desde una potencia europea. Sin embargo, a finales de la década de 1890 Cuba adquirió una mayor significación estratégica por razones de mercado y de seguridad. Los Estados Unidos decidieron entonces apoyar la lucha por la independencia de la isla. Finalmente, la relación estuvo marcada por la Enmienda Platt de 1903, la cual instituía el derecho de este país a intervenir en la isla en caso de un conflicto interno. Se firmaron otros dos acuerdos, uno permitía la instalación de una base militar estadounidense en Guantánamo y el otro establecía mejores condiciones de comercio para la nación norteamericana. Según Pérez,

Los tres tratados de 1903 consolidaron la posición política, económica y estratégica de los Estados Unidos no solamente en Cuba, sino también en la región del Caribe en general. Washington había cerrado los principales puntos de entrada hacia adentro y hacia fuera del Caribe. Para 1903, el Caribe se había convertido en el Mediterráneo de los Estados Unidos.

El tercer capítulo es de Helen Delpar, quien explora la situación con Colombia. La importancia que cobró esta relación estuvo dada por el interés del gobierno estadounidense de abrir un canal intraoceánico en Centroamérica. En función de este razonamiento, el gobierno de los Estados Unidos apoyó la separación de Panamá de Colombia en 1903 para poder construir el canal en el istmo panameño. Enlazado a este capítulo, el siguiente aborda la relación con Centroamérica en general. Según Thomas Leonard, Centroamérica representaba en 1903 un punto focal para la política exterior norteamericana debido a sus nexos económicos con

la región, a la presencia de intereses británicos en la zona y al proyecto del canal interoceánico. Por ello, Washington consideraba de suma importancia la estabilidad política de la región. Sin embargo, la percepción de que América Central era un área atrasada y subdesarrollada permeó la política exterior de los Estados Unidos a partir de 1903.

William Harris, autor del quinto capítulo, aborda la cuestión de Venezuela. Para Harris, la relación bilateral entre 1850 y 1903 tuvo como eje la deuda venezolana. Debido a problemas internos, diferentes gobiernos venezolanos no estuvieron en condiciones de pagar el adeudo, lo que causó algunos conflictos con Alemania, Gran Bretaña, Italia y Francia, quienes bloquearon los puertos de ese país en 1902. Invocando la doctrina Monroe, Venezuela pidió a los Estados Unidos una aplicación más estricta de sus postulados. Los Estados Unidos intervinieron para solucionar el problema internacional de Venezuela y esto fue considerado como los primeros pasos del corolario Roosevelt, el cual sirvió de base para la política exterior norteamericana hacia América Latina después de 1903.

El siguiente capítulo examina la relación con Perú. Su autor, Lawrence Clayton, indica que al principio la relación no era muy importante. Sin embargo, la situación cambió a partir del comercio de guano. Los campos estadounidenses necesitaban urgentemente el fertilizante y Perú lo tenía en grandes cantidades. Puede afirmarse entonces que el eje de la relación entre los Estados Unidos y Perú estuvo dominada por intereses empresariales.

El capítulo siete, escrito por Joseph Tulchin, aborda los vínculos de los Estados Unidos con Argentina. Tulchin los divide en dos etapas. La primera, de 1850 a 1865, se caracterizó por un "mutuo desinterés". La segunda, que duró hasta la Primera Guerra Mundial, estuvo marcada por una "visión divergente" de ambas partes. Debido a su importante crecimiento económico, estas dos naciones compitieron por los mercados internacionales. Sin embargo, al final del segundo periodo fue claro que "Estados Unidos quedó como la potencia económica y militar dominante y Argentina fue relegada a un estatus menor en los asuntos mundiales". El siguiente capítulo representa la segunda parte del precedente, puesto que los Estados Unidos y Chile también compitieron en su momento por cierta hegemonía en América Latina. William Sater, autor de este capítulo, sostiene que estos dos países "gozaron relaciones correctas pero no cordiales" entre 1850 y 1905. Existieron momentos de "armonía" pero también de "enojo". Al finalizar ese periodo, ambos "habían aprendido a coexistir". En el penúltimo capítulo, Joseph Smith explora otra relación de los Estados Unidos con un importante país de Sudamérica: Brasil.

Debido a la potencialidad que ofrece la extensión de sus recursos naturales, Brasil cobró una importancia estratégica para los intereses comerciales de los Estados Unidos, no obstante su lejanía. Para 1903, era claro que este país ya no era un distante espectador de los eventos en América del Sur. De hecho, Washington fue considerado un “punto focal decisivo” en las relaciones diplomáticas de la región.

En el último capítulo, José Fernández y Jennifer Zimnoch analizan la relación de los Estados Unidos con Paraguay y Uruguay. Para ellos, la relación diplomática con estas dos pequeñas repúblicas de Sudamérica se significó por periodos de interés, de falta de entendimiento, de negligencia y de percepciones erróneas. En el caso de Paraguay, la política norteamericana se caracterizó por la ausencia de un claro derrotero, lo que ocasionó cierta tensión bilateral, que no pasó de ahí. En el segundo caso, de 1834 a 1885 los Estados Unidos consideraron a Uruguay como un país “insignificante” para su política exterior. Después, el gobierno estadounidense tuvo más intereses económicos y políticos en el país, pues Gran Bretaña adquirió allí una mayor presencia. Sin embargo, Paraguay y Uruguay “permanecieron en la periferia de los intereses estadounidenses”.

Leonard y sus colegas concluyen que, entre 1850 y 1903, los Estados Unidos no tuvieron una política sólida para cada uno de los países de América Latina. La principal actividad en la región consistía en la protección de los intereses económicos estadounidenses cuando una crisis política los amenazaba. De acuerdo con Leonard y coautores, estaba claro que para el final del periodo estudiado los Estados Unidos habían aumentado su presencia en toda Latinoamérica. También estaba claro que representaban muchas veces el socio dominante de las relaciones individuales de cada país, “una percepción que frecuentemente hizo que los Estados Unidos se ganaran la etiqueta de ‘imperialistas’”.

Hoy día, la relación entre los Estados Unidos y América Latina se sigue distinguiendo por una combinación de conflicto y cooperación. Narcotráfico, migración y democracia son aún fuentes de disputa. Por lo tanto, existen todavía muchos retos para ambas partes al comenzar el nuevo siglo. Los temas de la agenda que requerirán mayor atención serán pobreza, democracia, comercio, narcotráfico y migración, entre otros y, en consecuencia, los canales de cooperación deberán estar completamente abiertos.

RAFAEL VELÁZQUEZ FLORES  
*Universidad de Quintana Roo*

Wilfredo Lozano (ed.), *Cambio político en el Caribe. Escenarios de la posguerra fría. Cuba, Haití y República Dominicana*, Caracas, FLACSO-Programa República Dominicana/FLACSO-Secretaría General/Nueva Sociedad, 1998, 293 pp.

Las condiciones que durante una parte importante de la segunda mitad del siglo xx fueron la base para conducir las políticas mundiales cambiaron con la culminación de la llamada guerra fría, donde el enfrentamiento de dos bloques (uno dirigido por los Estados Unidos y otro por la entonces Unión Soviética) penetraba las relaciones internacionales de los demás países. A finales del siglo pasado y en el que apenas comienza, la posguerra fría establece situaciones distintas que, aunque realmente no son novedosas, despiertan el interés de los estudiosos del tema, por la importancia que han cobrado en la agenda internacional. Esas renovadas circunstancias, que se presentan y que atañen a la sociedad mundial, son las relacionadas con el comercio y el sistema financiero internacional, la sustentabilidad (la interacción entre sociedad, riqueza y medio ambiente), el papel de la sociedad civil, la democracia y el porvenir del Estado-nación, así como la universalización de los derechos humanos.

El libro *Cambio político en el Caribe* presenta los resultados de una investigación sobre los procesos de transición y cambios políticos en el Caribe dentro del marco de la posguerra fría, llevada a cabo por académicos de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO)-República Dominicana. En esta obra convergen también los resultados del seminario *Seguridad, transiciones posautoritarias y cambio social en el Caribe de la posguerra fría: los casos de Cuba, Haití y República Dominicana*, realizado en Santo Domingo en marzo de 1997.

El libro consta de once artículos que analizan básicamente tres países, Cuba, Haití y República Dominicana; se insinúa un estudio comparativo, aunque se aborda también el contexto general de la cuenca del Caribe. Los doce autores que participan en esta publicación provienen del área caribeña y de universidades norteamericanas.

Los trabajos están agrupados en tres bloques: 1) los cambios en la política interna de esos tres países; aquí se abordan las relaciones entre el Estado y la sociedad civil; 2) el papel de los Estados Unidos en las relaciones con cada una de las tres naciones mencionadas; y 3) los problemas de la seguridad regional, entre los que se encuentran el narcotráfico, las migraciones y el asunto militar. El primero y el último artículo contextualizan la obra, lo que permite al lector tener un panorama general del tema. La presentación de la bibliografía al final del libro no facilita



establecer la correspondencia con cada artículo, pero proporciona información general y nutrida de las fuentes para entender al Caribe en este marco de la posguerra fría.

Un actor que está presente en los diversos artículos son los Estados Unidos, sus políticas y relaciones con las naciones caribeñas, su influencia en la sociedad de cada país y las prioridades de la agenda de seguridad norteamericana. Dos tópicos que no están ausentes del todo, pero que se encuentran en tercer plano, son el turismo y la cuestión étnica. El primero, que corresponde esencialmente a la esfera económica, constituye una de las principales actividades y motivo de inversiones en el área caribeña; el segundo está ligado al entendimiento del papel de las identidades en la sociedad civil y la organización social. La lejanía con que se abordan estos temas no demerita la calidad de los trabajos, ni de la obra en general.

Las diferentes perspectivas de la interpretación del fenómeno estudiado alimentan la posibilidad de un mejor entendimiento de la realidad que se presenta. Los enfoques desde un sistema-mundo, la posmodernidad o países hegemónicos y países dependientes, complementan el ejercicio metodológico con una visión extradisciplinaria. Así, la panorámica que el lector obtiene del Caribe se presenta como la de un crisol con múltiples escenarios.

El primer artículo, “Los procesos de cambio social y político en el Caribe de la posguerra fría: una posición divergente”, de Anthony Maingot, ofrece una visión general de los procesos políticos que se desarrollan en el Caribe no hispano (inglés, holandés y francés) al término de la guerra fría. Postula la continuidad entre la guerra fría y la posguerra fría, pues ambas están ligadas por las circunstancias particulares de las naciones anglocaribeñas, en donde el socialismo y la hegemonía soviética no tuvieron presencia. Más allá de un cambio estructural, la posguerra fría plantea el seguimiento de problemas ya existentes como la corrupción, el narcotráfico y la hegemonía de los Estados Unidos.

Con el segundo trabajo, “Sin urna de cristal: reordenamiento y transición socialista en Cuba”, escrito por Rafael Hernández, comienza el primer bloque comparativo correspondiente a los cambios políticos internos en Cuba, Haití y República Dominicana. Aborda el escenario cubano luego de la caída del socialismo soviético. La urna de cristal que el bloque soviético significó para Cuba ha desaparecido y ahora la isla se enfrenta a un contexto diferente, en el cual se habla de una apertura a la inversión de capitales externos y de modificaciones internas en el plano institucio-



nal, así como de la aparición de nuevas formas de participación de los actores sociales cubanos. Se trata de cambios en la forma de relación existente entre el Estado y la sociedad civil de esa nación.

El texto de Sabine Manigat, "Haití en la posguerra fría: la cambiante relación Estado/sociedad", aborda un fenómeno interesante: la intervención externa en la política interna haitiana, con la justificación de promover la democratización del Estado. El llamado caso Aristide sugiere la revisión y replanteamiento de conceptos como el de soberanía, a la vez que trae consigo transformaciones en las instituciones locales donde queda en duda la capacidad de los actores sociales del país.

Para cerrar este bloque, el artículo "Transiciones posautoritarias, cambio social y sistema político en República Dominicana: 1961-1996", que es uno de los dos trabajos que en este libro escribe Wilfredo Lozano, nos presenta el contexto histórico, político y social de dos momentos de transición en la política dominicana: el paso del autoritarismo al caudillismo y luego hacia una frágil democracia partidaria. La prospección sobre el nuevo papel de la sociedad dominicana ante el reto democrático indica que se trata de un camino sinuoso que dicha sociedad tendrá que transitar con cuidado.

El segundo bloque, sobre las relaciones entre los Estados Unidos y el Caribe, inicia con el artículo de Jorge I. Domínguez intitulado "Las relaciones cubano-norteamericanas: de la guerra fría a la guerra más fría". Aquí se exponen las presiones externas hacia Cuba que, según el autor, continúan como una guerra fría y se reflejan en las proposiciones que el país norteamericano plantea, como la ley Helms-Burton. Por su parte, Cuba ha cambiado internamente al mismo ritmo que ha transformado sus relaciones hacia el exterior para hacer frente a los embates de los Estados Unidos, en sus intentos por democratizar la isla en los términos norteamericanos. La tensión entre estas naciones es revisada cuidadosamente por Domínguez a partir de fuentes hemerográficas y de los discursos de ambos países.

El texto "Las relaciones entre Estados Unidos y República Dominicana: el tema de la democracia en la posguerra fría", escrito por Rosario Espinal y Jonathan Hartlyn, presenta el contexto desequilibrado en el que se dan las relaciones dominicano-americanas. Sin embargo, el escenario que se presenta brinda cierta esperanza de que la sociedad dominicana se fortalecerá y podrá manejar la política interna, evitando así el resurgimiento de los autoritarismos. La piedra en el zapato es el asunto de la deuda externa de este país, que lo hace vulnerable a las presiones que ejerzan los Estados Unidos.

Para cerrar el bloque, el trabajo “Las cambiantes relaciones entre Estados Unidos y Haití: de la seguridad nacional a la apertura democrática después de la guerra fría”, escrito por Cary Héctor, ofrece una contextualización histórica de las relaciones haitiano-norteamericanas en los últimos cincuenta años. El escenario para la posguerra fría nuevamente señala que la soberanía es parte de la discusión que se desarrolla en ese país, soberanía acotada por el compromiso norteamericano con la democracia haitiana, manifestado a raíz de la intervención militar “negociada”.

El tercer bloque aborda algunos de los problemas de la agenda de seguridad regional en el Caribe, aunque de alguna manera se señala que éstos más bien son parte de la agenda de seguridad norteamericana. Las migraciones y el narcotráfico son problemas existentes desde la guerra fría, pero de alguna manera entonces no se encontraban entre las prioridades a tratar en la región. El artículo de Jorge Rodríguez Beruff, titulado “Entre la ‘narcodemocracia’ y el Leviatán antidrogas: fuerzas de seguridad, Estado pospopulista y nuevas formas de autoritarismo en el Caribe”, hace un balance de las fuerzas de seguridad, el modelo político y los procesos y políticas para el combate a las drogas en Cuba, Haití, República Dominicana y Puerto Rico. El caso mejor ilustrado es el de Puerto Rico, donde la política de “mano dura” en la “guerra contra las drogas” se presenta como un fracaso.

“Transiciones perversas y patrones del narcotráfico en Cuba, República Dominicana y Haití”, de Eduardo A. Gamarra y Joseph Rogers, plantea que la situación geográfica y las condiciones de pobreza en el Caribe son un incentivo para el narcotráfico. En República Dominicana, la fuerza que pudiera tener el narcotráfico sugiere que éste tiene capacidad para corromper autoridades de alto nivel. En el caso cubano se menciona que, pese a las diversas acusaciones no probadas de la relación del Estado cubano con el narcotráfico, no hay las condiciones suficientes para asegurar que Cuba sea uno de los principales participantes en el tráfico de drogas. En Haití son la extrema pobreza y la debilidad de las instituciones el talón de Aquiles en la guerra antidrogas. Llama la atención que en este artículo se recurre a información relativa a formas de conducta social y a cómo la sociedad percibe al narcotráfico. La denominada “narcocultura” alude a cierta admiración y aceptación social de unas actividades ilícitas que proporcionan ingresos fáciles en el corto plazo.

Ramón Grosfoguel, en “Geopolítica y migración caribeña: de la guerra fría a la posguerra fría”, nos muestra cómo las políticas actuales de restricciones a los migrantes caribeños modifican los flujos de la migración

en el área. Por otra parte, las situaciones previas y actuales de la posguerra fría muestran que los Estados Unidos parecen endurecerse contra los migrantes. Esto lleva a un reordenamiento donde la migración intercaribeña registra cambios en la demografía regional. Islas con una densidad de población baja han aumentado su número de habitantes. Los migrantes dominicanos prefieren ir a lugares donde hay hispanoparlantes o al Caribe holandés, mientras que los haitianos optan por el Caribe francés. Lo anterior es señal de que, de alguna manera, se buscan afinidades relacionadas con las identidades étnicas.

El último trabajo que se presenta constituye, de alguna manera, las conclusiones del seminario *Seguridad, transiciones posautoritarias y cambio social en el Caribe de la posguerra fría*. Este estudio, de Wilfredo Lozano, titulado “Balance crítico. Seguridad, autoritarismo y democracia en el Caribe de la posguerra fría”, menciona que es necesaria la cooperación entre los Estados Unidos y los países caribeños para el fortalecimiento de la seguridad, la democracia y la participación de la sociedad civil.

Así, el recorrido por este libro nos da cuenta de los principales flujos de interés y de discusión en la agenda caribeña. El esfuerzo por presentar una visión panorámica de los diversos escenarios en el Caribe actual nos permite acercarnos a la reflexión de nuestra situación y de los retos en contextos compartidos. Las incertidumbres en el contexto de la posguerra fría no son sustancialmente diferentes a los de otras regiones de América, pero sí las formas de abordarlos y la relevancia que se brinda a la discusión y atención de los problemas.

*Cambio Político en el Caribe* es, en suma, una obra importante para la discusión de las relaciones internacionales en la actualidad. Es también un planteamiento de reflexiones académicas serias en torno a una región, sus problemas y los escenarios que se abren como resultado de un proceso mundial ocurrido durante la segunda mitad del siglo xx.

LEOPOLDO G. CAMPOS BALAM  
*Universidad de Quintana Roo*

Paul Estrade, *José Martí: Los fundamentos de la democracia en Latinoamérica*, Madrid, Editorial Doce Calles, 2000, 794 p.

**P**aul Estrade, francés de nacimiento pero latinoamericano por oficio, es uno de los más importantes estudiosos del pensamiento y obra de

José Martí. Con un amplio interés por las vicisitudes del pueblo cubano, Estrade inicia sus primeros escritos sobre el poeta y político en la década de 1970. Publica artículos para el *Anuario Martiano* y para el *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, posteriormente para revistas intelectuales de Francia (*Les langues Neolatines* y *Caravelle*) y edita algunos textos en España. Estas obras fueron la base para culminar el libro que nos ocupa, el cual reúne los resultados de los estudios documentales realizados en archivos de Cuba, México, Venezuela, Guatemala y Estados Unidos, en los que Estrade rastreó el espíritu de Martí, ya sea en los artículos periódicos de la época (*La Revista Universal* y *El Federalista* en México, por ejemplo), ya sea recurriendo a la fuente más requerida por los investigadores martianos: las *Obras Completas* publicadas en La Habana, por la Casa de las Américas.

En 1984, Estrade redacta la primera versión del texto como tesis doctoral y en 1987 publica la versión comercial en francés: *José Martí (1853-1895) ou des fondements de la démocratie en Amérique Latine*, impreso por *Editions Caribéennes*. Para 1990, el texto es traducido al español por Lourdes Arencibia, y queda listo para su impresión en Cuba. Debido a las insuficiencias económicas ocasionadas por el bloqueo, la crisis y el “periodo especial”, el libro sale felizmente a la luz en España hasta 1996, como una coedición hispano-cubana.

La obra refleja la inquietud de Estrade por abordar el pensamiento caribeño latinoamericano, que se distingue del pensamiento social y político europeo occidental. Estrade revela: “Confesamos que nos interesamos en Martí porque nos interesó la Revolución Cubana y ésta nos hizo descubrir a aquél”, y añade: “el hecho de vivir fuera de Cuba y de no ser un cubano no es un problema propiamente hablando con tal que no se sobrepasen las prerrogativas del investigador” (p. 38). Claro ejemplo de que el pensamiento de Martí no debe limitarse al ámbito local o regional, sino que debe valorarse como un aporte al pensamiento humanista universal. En el contexto actual, no sólo se globalizan las mercancías, también se vierten las ideas por el orbe y no es exclusivo de los cubanos ni de los latinoamericanos, por tanto, acercarse al pensamiento martiano.

Con rigor metódico y ante tantos documentos referidos a Martí, Estrade hace su recopilación de una forma muy particular y ante ello aclara:

no hemos tratado de engrandecer ni mucho menos empequeñecer al personaje. Simplemente hemos querido contribuir al estudio de la naturaleza, el significado y el alcance —en su tiempo y en su mundo— de algunas de las

ideas más importantes de José Martí, siendo conscientes de que nuestra investigación se insertaría en un debate ideológico del que por supuesto no somos responsables pero que no nos deja indiferentes (pp. 38-39).

Aclaración oportuna: Martí es reclamado, amado y odiado por muchos; unos lo contemplan marxista, otros anticastrista y algunos como humanista universal. La exégesis sobre el pensador es asunto de cada conciencia. Sin embargo, es evidente que un investigador no puede apartarse de toda la carga emocional, sentimental e ideológica que lo lleva a estudiar un objeto. Por lo tanto, la intención no es únicamente realizar una compilación del ideario político y social de Martí, sino una aquilatación histórica de lo que él representa para las aspiraciones de libertad, independencia y dignidad de los pueblos latinoamericanos, que buscan un camino diferente, honesto y decoroso en términos políticos, económicos y sociales. Estrade lo sabe, pero no lo profiere para no romper un poco la formalidad. Desea que el lector, encarnado en el pueblo, se reconozca como tal, como americano (es decir, no estadounidense); que se perciba que Latinoamérica ha producido hombres como Martí, capaces de construir proyectos de vida, de nación, de región, de identidad, propios, nacidos desde *Nuestra América*.

Estrade se enfrentó a un problema: definir a Martí o, mejor dicho, definir la forma de abordarlo. Reconoce un sinfín de obras martianas que lo han tratado en profundidad desde puntos de vista variados. Sin embargo, para las pretensiones de Estrade hacía falta un eje rector, una constante en el pensamiento de Martí. Por ello, recurre a los aportes de un rememorado marxista cubano Julio Antonio Mella, quien luchó contra Machado y fue asesinado en 1929 a los 26 años. De él, Estrade distingue que “Al proponer una reinterpretación dinámica y revolucionaria de la obra de Martí, Mella cortó con la crítica apologética y a veces hueca de su tiempo”. Así, desde una postura marxista, Mella sugiere una interpretación histórica distinta que “Consiste... en ver el interés económico y social que ‘creó’ el apóstol, sus poemas de rebeldía, su acción continental y revolucionaria: estudiar el fuego fatal de las fuerzas históricas, el rompimiento de un antiguo equilibrio de fuerzas sociales” y agrega “Él [Martí], orgánicamente revolucionario, fue el intérprete de una necesidad social de transformación en un momento dado. Hoy, igualmente revolucionario, habría sido quizá el intérprete de la necesidad social del momento”. Precisamente, Estrade estructuró desde una perspectiva materialista histórica la obra de Martí y, por ende, la estructura del libro.

La obra se organiza en tres grandes apartados. Persiguiendo un concepto materialista, el primer bloque se refiere al pensamiento económico de Martí. De ahí parte para que en su segundo bloque exprese su ideario social, el de la justicia social, el sentimiento humano en profundidad. Por último, se remite a las ideas políticas, principalmente a la praxis o lucha política. Este capítulo final es el punto culminante de la vida de Martí, la esencia o fin último de todo revolucionario: la idea por sí sola no transforma, es necesaria la lucha. Cada apartado cuenta con una introducción y una conclusión, lo que permite hacer una lectura, si se quiere, por separado. Al final del texto hay una conclusión general de la obra y el epílogo. Como complemento, presenta un apéndice de considerable tamaño, así como una gran bibliografía y reseñas bibliográficas de los estudios martianos.

Adentrándonos ya en la obra, en el aspecto económico, Martí representa en un primer momento la corriente liberal de finales del siglo XIX, de tintes positivistas, donde prevalecía la idea del progreso ininterrumpido. Estrade nos presenta a Martí como un creyente del progreso técnico, pero que no se deja embriagar por sus mieles; el progreso sólo tiene sentido si tiene un objetivo social, de beneficio colectivo.

Asimismo, Martí finca sus esperanzas en la tierra, como una fuente de riqueza para las naciones y pugna porque esta riqueza esté bien dividida. La pequeña propiedad es uno de los principales anhelos del Martí liberal en México (1875). La pequeña propiedad dinamiza la economía y garantiza la justa distribución de la riqueza, asegura.

Sin embargo, Estrade señala un desencanto de Martí sobre el liberalismo decimonónico. Experiencias rurales en su exilio en México, Estados Unidos y Guatemala entre 1885 y 1889 le indignan. Menciona particularmente dos fenómenos: la concentración de la tierra en pocas manos y las relaciones comerciales desfavorables para los desprotegidos. Descubre que el capitalismo se basa en la desigualdad y no en la falsa igualdad de oportunidades. Señala que ni en el interior ni en el exterior de los países existen condiciones para un intercambio económico justo, mucho menos para un desarrollo compartido. Reconoce en la sociedad norteamericana un afán utilitarista y deshumanizado de la economía, donde impera la ley del que más tiene o del que más vende.

Imperialismo es la idea que circula por su mente. Martí observa con desconfianza el crecimiento de los Estados Unidos gracias a la monopolización y la transnacionalización de las industrias, mediante la explotación de los recursos naturales de los países dependientes. A pesar de

esto, identifica aspectos positivos de las sociedades de libre competencia, exalta las virtudes de algunos que lograron con su esfuerzo la generación de su patrimonio. Lo que no admitía Martí era la degeneración del capitalismo, donde el fin último, y sin importar los medios y los costos humanos, es la acumulación de la riqueza.

Para Latinoamérica deseaba el fortalecimiento económico, basado en la exportación por un lado y en el robustecimiento del mercado interno por otro. Una condición necesaria para acceder a este nivel de desarrollo era la aniquilación de las estructuras políticas, sociales y económicas coloniales, ya que la visión conservadora obstruía el avance y el progreso. Pero no anhelaba que se llegara a un capitalismo dilapidador. Más bien, buscaba un punto intermedio donde las garantías de libertad comercial estuvieran regidas por un conjunto de medidas éticas humanistas que impidieran la explotación del hombre por el hombre.

En relación con sus ideas sociales, Estrade muestra a un Martí profundamente humanista. Tal vez los orígenes humildes de Martí expliquen en cierto grado su postura de “defensa de los pobres de la tierra”, de los “desheredados”, de los parias. El dolor que le habían causado las míseras condiciones de los trabajadores y campesinos en su natal Cuba, en México, Guatemala, Venezuela y los Estados Unidos lo incitan a luchar por la libertad de los esclavos, por la reivindicación indígena, boga de nuestros días, y por las conquistas laborales de los obreros. Se hace amigo de los negros en los Estados Unidos, critica duramente el racismo imperante en la sociedad norteamericana, y aún más a los asesinatos de negros en el sur del país.

Martí no concibe la explotación y denigración del hombre por manos del hombre. Frente a esta miseria material y moral, exalta la solidaridad humana en las desventuras. La solidaridad es para él un vehículo de entendimiento entre los pueblos, un requisito indispensable para la paz y el bienestar común. Estrade sintetiza: “En el humanismo martiano no sólo hay compasión para los pobres, los desdichados, los excluidos: hay también un llamado vibrante al honor y a la dignidad, a la rebelión y a la lucha, al amor y a la solidaridad” (p. 260).

Martí cultiva un respeto a las culturas menospreciadas de América: los negros y los indígenas. Estrade señala que para él “todas las culturas existentes tales como son tienen cabida en la cultura universal. La humanidad se enriquece en su diversidad” (p. 236).

En cuanto a sus ideas y práctica políticas Martí aborda temáticas agudas como el nacionalismo, el patriotismo, la independencia y la auto-



nomía. Como cubano, lucha al lado de los insurgentes en las primeras revueltas cañeras de 1868 a 1878 (movimiento conocido como *El grito de Yara*) que le valieron el presidio y el destierro. De 1879 a 1880 retorna a Cuba, donde realiza trabajos clandestinos en el seno del Comité Revolucionario Cubano (CRC). Descubierto, y nuevamente deportado, es conducido a España donde continúa su lucha intelectual, misma que prosigue en Nueva York a través del CRC. Su estancia en Nueva York y Tampa (de 1881 a 1891) le sirve de intensa preparación ideológica y de reflexión. De 1892 a 1894 es el periodo de preparación de la Guerra Inevitable por la independencia de Cuba, tanto en lo logístico como en lo material; los preparativos terminan con la insurrección de 1895 y, a la postre, con la muerte de Martí.

Un punto culminante de las acciones revolucionarias de Martí fue la creación del Partido Revolucionario Cubano (PRC) que trató de unir las esperanzas de los trabajadores y campesinos en torno a un ideal común: la independencia total de la República de Cuba. El PRC representó una antesala política preparatoria de la lucha armada: antes que nada, hay que reunir y cohesionar, después vendrá la lucha armada. Martí se convierte de esta manera en “el artífice de la solidaridad antillana, el vigía antiimperialista, el abogado de la unidad latinoamericana” (p. 358).

Para Martí, Cuba es parte de la Patria, la Patria en sí es algo más grande:

es humanidad, es aquella porción de la humanidad que vemos más de cerca, y en que nos tocó nacer; y ni se ha de permitir que con el engaño del santo nombre se defienda a monarquías inútiles, religiones ventrudas o políticas descaradas y hambronas, ni porque a estos pecados se dé a menudo el nombre de patria, ha de negarse el hombre a cumplir su deber de humanidad, en la porción de ella que tiene más cerca (p. 363).

En el plano ideal, dice Estrade, para Martí, Cuba, Las Antillas y América Latina son tres patrias en una. Agrega Estrade “Martí trasciende el sueño bolivariano al admitir la realidad de las singularidades nacionales en el seno de esa América, que para él, es tan india y negra como latina” (p. 669).

América, *Nuestra América*, afligida por los avatares de la economía y la política mundial, condenada a seguir el compás que le marcan los líderes políticos y económicos debe saber que no está sola, que aún persiste el pensamiento martiano en medio de un mar de desolación, de desilusión.

LÁZARO MARÍN  
*Universidad de Quintana Roo*